

En la era de las “identidades”: Erotismo, Cuerpo y Violencia¹

Tomando como punto de partida la cuestión del argumento de nuestro Coloquio, decidimos interrogar el malestar de nuestro tiempo desde la perspectiva de lo que aparece, como síntoma, tanto en nuestra clínica como en la dimensión que llamamos social, es decir, la búsqueda, a veces desesperada, de una “identidad”, ya sea religiosa, racial, de género o incluso aquella propuesta por la avalancha de consejos de los nuevos “maestros *influencers* digitales”. Por eso nombramos a este momento la “era de las identidades”.

Por lo tanto, las preguntas que surgen son:

- ¿Qué es lo que hace que muchos sujetos se “peguen” a una nominación que, en nuestros días, prolifera con la rapidez del mundo cibernético?
- ¿Qué tiene que ver esto con las condiciones actuales de dos elementos, la *castración* y la *alteridad*, indispensables para la subjetivación, para la constitución de un cuerpo erotizado y de barreras, o posibilidades sublimatorias, frente a la agresividad y a la violencia que nos habitan?

Estos son dos conceptos queridos por el Psicoanálisis, que desde siempre consideró al llamado “humano” como un ser incompleto, *neóteno*, desamparado por la Naturaleza y absolutamente dependiente de un Otro que lo constituye como sujeto, a partir tanto de su deseo como de su posición de diferencia radical, de *alteridad*. Un Otro, pues, del cual recibirá no sólo su marca, la de su condición, sino también la que organiza su desorientación pulsional, transmitiéndole, por la operación que Freud, bien llamó, de *castración*, la Ley del Deseo.

Freud señala, por un lado, que la incidencia de la *castración* se manifiesta en el reconocimiento de que no somos omnipotentes, de que existen límites a la satisfacción y que la interdicción es un elemento esencial en la constitución del psiquismo, y, por otro lado, que la *alteridad* se articula con esa experiencia de *castración* puesto que la existencia del Otro se impone como limitación al deseo narcisista del *infans*. La función de la *alteridad*, cuando es presentada por figuras de autoridad, en la experiencia, implica el reconocimiento del otro, del semejante, como diferente, como portador de un deseo propio, imponiendo al sujeto una reorganización de sus expectativas y fantasías. El rechazo – a veces porque está forcluída– de la *alteridad*, a su vez, puede ser vivenciada como un retorno al estado narcisista, en el que el sujeto no podrá enfrentarse a los límites de la *castración* y a todo lo que eso implica: no podrá enfrentarse a lo *unheimlich*, lo no familiar, lo extraño, lo real que lo habita y lo constituye.

Pero ¿qué ocurre en el ámbito más íntimo del lugar en el que un sujeto podría constituirse, lo que llamamos familia, en el que su drama particular, su mito individual podría

¹ Texto presentado en el Coloquio CEG – Convergencia – PARIS 2025: “Malestar, Castración, Alteridad” por la Escola Lacaniana de Psicanálise de Vitória-ELPV. Grupo de trabajo: Beatrice do Valle, Camila Scarpatti, Darlene Tronquoy, Inês Torres, Felipe C. da Rocha, Paula Lempê y Rosânea de Freitas.

desarrollarse? ¿Por qué esta ha *faltado a su función* de sustentar el lugar de la *alteridad*, así como de garantizar que las posibilidades de que, a través de este drama – que Freud denominó complejo de Edipo – la operación de la *castración* pueda darse, ofreciendo al sujeto la posibilidad de una identificación con un sexo que, mínimamente, pueda representarlo, proporcionando los bordes de un erotismo? Sí, porque la función de la *alteridad* y la *castración* son responsables de otorgar al cuerpo una función sexual/sexuada, así como de permitir al sujeto incluirse en una línea generacional. ¡Sin esto, es el horror, es la errancia!

La serie *Adolescencia*, más que discutir el mundo virtual, muestra claramente la relación entre la “falta de lugar” – de una “identificación” que pudiera orientar mínimamente un sujeto –, y los pasajes al acto violento. Esto es lo que muestra nuestra clínica, que recibe cotidianamente, como nos recuerda Lacan (1998, p. 126), al hombre “liberado” de la sociedad moderna revelando su desgarramiento, su desrealización del otro y del mundo con sus consecuencias sociales de fracaso y de crimen, cuando no vuelve contra sí mismo su agresividad que mutila, escarifica, deforma, y con la licencia del “derecho” que confieren las técnicas científicas. “Al fin y al cabo, ¿por qué no?”, tal es la viñeta posmoderna de un tiempo que es el opuesto al de Freud. Otrora, si todo era prohibido, hoy todo está permitido, pero ¿con qué efectos? Nuestra clínica los testimonia.

Viviendo un momento de angustia, J-Augusto, en diciembre de 2023, llega al consultorio de su analista. Se describe como un incel (célibe involuntario). A los 23 años, sigue siendo virgen y ni siquiera ha besado a una chica. Con un discurso marcado por cierta misoginia (misofonía - acto fallido en este escrito), dice que, de acuerdo con la teoría darwiniana, él, como hombre, tiene pocas posibilidades con las mujeres (en plural). Habla de la regla 80/20². Se considera feo y bajo, características despreciables que le hacen sentirse humillado. Es más, su pene es pequeño, según las investigaciones realizadas en internet sobre el tamaño normal del miembro sexual masculino. De hecho, es el internet – desde la soledad de su dormitorio – la pantalla a través de la cual ve el mundo: ‘discord’, su red social. A menudo, cita a sus ídolos por *podcasts* y *youtubers* y la adhesión a sus ideas. Llama la atención la tendencia en esta elección: son nombres claramente vinculados a una extrema derecha que se hace presente en *internet*.

J-Augusto considera que no aprovechó su adolescencia y su tiempo escolar. Se resiente por el ‘*bullying*’ que sufrió por parte de compañeros y profesores. Está intentando terminar su carrera, pero encuentra muchas dificultades, y él procrastina. Tiene muchos pensamientos de culpa y de autodesprecio. Se considera estúpido: ¡marcas de una vida escolar! Su principal interés es la música: el metal extremo. Incluso planea componer algo bueno y vivir de la música, pero nunca consigue pasar de unos cuantos riffs en la guitarra, sobre los que va y viene, intentando mejorar. Al pensar en las letras de sus canciones, en sus composiciones se hace evidente la manifestación del odio en escenas de violencia y barbarie.

2 El principio de Pareto [que puede aplicarse en diversas áreas, como la administración de negocios, la productividad individual e incluso en la vida personal], también conocido como la regla 80/20, la ley de los pocos vitales o el principio de escasez del factor, afirma que, para muchos eventos, aproximadamente el 80% de los efectos provienen del 20% de las causas (Wikipedia).

Las cuestiones sobre a las mujeres son temas recurrentes en sus sesiones. Atrapado y desorientado en relación a la construcción de su posición sexual, de su masculinidad/virilidad, sigue el camino de una oferta fácil y seductora de las redes sociales. Pero, a mitad del camino, se topa con una piedra: las respuestas que hay allí no despejan su angustia. Él encuentra el psicoanálisis.

Sigue en atención. Algo todavía está en construcción. Pero la búsqueda de un rasgo que lo defina, lo identifique, continúa. En este momento, discute la búsqueda de una evaluación neuropsicológica que pueda aliviar sus pensamientos culposos: quiere saber si es autista.

La pregunta inicial sobre el caso fue “¿qué está pasando en la actualidad que prolonga y dificulta el procesamiento, la elaboración y la salida de este momento de la adolescencia y sus cuestiones típicas, a pesar de la edad de este chico, 23 años?” El desamparo de la adolescencia ha dejado a los jóvenes a merced de las redes sociales y de la proliferación de discursos de odio. ¿Cuál es el lugar del psicoanálisis como discurso y praxis en este contexto?

Sabemos que las salidas son singulares, sin embargo, es necesario estar atentos a los efectos de un tiempo que apunta a placeres y satisfacciones inmediatas, en el que los imperativos del goce son los que ofrecen las (des)coordinadas, dejando a los sujetos sin posibilidades – o casi – de ser capturados por la trama que acogería su división y permitiría al goce ceder a las coordinadas del deseo. Frente, a ofertas abrumadoras, infundadas e infructuosas, dicha división ha sido vivida como una “espantosa fisura” (LACAN, 1998, p. 128).

La inmersión en la era digital intensificó la relación con los aparatos electrónicos y sus tiempos de uso, acentuando los aislamientos. Vivimos en una sociedad anestesiada, ya sea por el dolor, la soledad, los aparatos electrónicos, los medicamentos o las drogas en diferentes presentaciones y formas de uso. Frente a la angustia, las depresiones, las melancolías, se tiende a aliviar el miedo, la ansiedad y el dolor de existir con sustancias psicoactivas. Anestesiados, paralizados, están adultos, jóvenes y hasta niños. ¿Qué hueco o falta de la falta simbólica/imaginaria ha provocado esta captura adictiva?

¿Será que el fin del Patriarcado que, a pesar de sus nefastas consecuencias – el poder extremo del hombre sobre las mujeres y los hijos – nos dejó huérfanos en su función de garantizar, en lo social, la función de un padre, aun cuando esta flaqueara en la esfera privada de la familia? ¿Será que la proliferación de la oferta de “identidades”, de posibilidades de “adulterar” los cuerpos con los discursos que los sustentan – el del cientificismo/el del capitalista –, no serían un intento de responder a esta “orfandad”?

Jacques Lacan, en *El Seminario, libro 17, El reverso del psicoanálisis*, presenta el discurso del capitalista como aquel que se produce no por una rotación de los elementos que establecen los otros discursos, sino solamente por una inversión, a partir del discurso del amo, entre S1 y \$, en la que \$, el sujeto, con su división, pasa al lugar del agente. El problema es que, a diferencia de otros discursos, que de alguna manera organizan el lazo social, el del capitalista hace exactamente lo contrario: corta los lazos y lanza a cada uno por su cuenta, con su carrito de compras lleno de promesas de felicidad.

Constantemente capturado por nuevos objetos, los *gadgets* de la sociedad de consumo, el deseo sigue insatisfecho, lo que se hace evidente cuando recordamos algunos aspectos

de la relación con el cuerpo en nuestra época: ¡siempre falta algo, siempre hay un retoque por hacer, un nuevo ritual, un nuevo procedimiento!

El psicoanálisis nos enseña que el deseo no tiene objeto, que él escapa, como pura falta, en los huecos de sus simulacros, por ende, no hay cuerpo ideal, no hay adecuación completa con el sexo, por lo tanto, ¿qué precio pagar, en la medida en que se toma el agujero real de nuestra experiencia como un débito, como una deuda a pagar? ¿Y acaso, esta búsqueda, no estaría en la misma lógica que la búsqueda de una “identidad”?

De ahí la importancia, al menos para los psicoanalistas, de darse cuenta de que el término *identidad* borra y sofoca la dimensión del “Yo [Je]”, del sujeto del inconsciente. Por eso, su uso debería, para nosotros, restringirse a su sentido político, porque el sujeto es aquel que no es, justamente, una identidad, sino una pregunta sobre la identidad. Es aquel que se destaca del “Nosotros” en que su ser pierde su anonimato en el grupo, en la tribu, en la raza, en el género. En la era de las identidades, ¿para dónde fue el sujeto que se interroga sobre sí mismo y sobre el sentido de su existencia y de la pérdida en lo que atañe al ser? ¿Para dónde fue la referencia al “Yo [Je]” como enigma del ser cuando un evento traumático produce vértigo, colocándonos ante un precipicio sin que sepamos después cómo “volver a ser”? (LEGUIL, 2019) ¿No sería éste el momento en el que, en nuestros tiempos, buscamos una identidad *prêt-à-porter*?

Así es que la búsqueda de identificaciones con un grupo, una idea, a otros “iguales”, tiene como objetivo amparar el malestar inherente a la existencia humana. Sin embargo, como nos recuerda Freud, a menudo ella termina, en lugar de alcanzar el objetivo inicial, distanciándose aún más de él. Al intentar abolir las diferencias en el bastión de los iguales, ella resalta las fallas en una lógica que va en contra vía de lo universal y termina produciendo lo inverso: lo que, al principio, es visto como un antídoto en la búsqueda de la igualdad y los derechos, puede tener como efecto colateral la cristalización de posiciones de otrora en una batalla de suma cero (MOUNK, 2024).

Cuando el sujeto, entonces, esa “víctima conmovedora evadida de otro lugar, condenada a la más espantosa galera social” que es el hombre moderno, como nos dice Lacan (1998, p. 126), rompe su exilio, con su silencio, a veces ruidoso, y viene hasta nosotros, “es para este ser de nada que nuestra tarea consiste en reabrir el camino de su sentido en una fraternidad discreta en relación a la cual somos siempre demasiado desiguales” (Idem, p. 126). Se trata, en una travesía de las identidades, de apostar y dar lugar al Yo [Je], más allá de las semejanzas, de las comparaciones imaginarias, como nos recuerda Leguil (2019), de nuestras concurrencias como posibilidad de afrontar su “inquietante extrañeza”, su propio *Unheimlichkeit*, ¡para concluir con el muy contemporáneo Sigmund Freud!

REFERENCIAS

LACAN, Jacques. “A agressividade em psicanálise”. In : *Escritos*. Traducción de Vera Ribeiro. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editora, 1998.

_____. *O Seminário, livro 17, o avesso da psicanálise* (1969-1970). Rio de Janeiro : Jorge Zahar Ed., 1992.

LEGUIL, Clotilde. Texto presentado en el Forum Philo “Le Monde”, Le Mans, 12 de noviembre de 2019. <http://forumlemondelemans.univ-lemans...>

MOUNK, Yascha. *A armadilha da identidade: uma história das ideias e do poder em nosso tempo*. Traducción de Roger Trimer. São Paulo: Edições 70, 2024.